ESPECIAL 8 DE MARZO 2021, DÍA DE LA MUJER

1. OBRA A ANALIZAR

Una esclava en venta
José Jiménez Aranda (1837-1903)
Óleo sobre lienzo (hacia 1897)
Obra adquirida por el Estado en 1905.
Se encuentra en el Museo de Málaga, en depósito del Museo del Prado.

Actualmente se encuentra en la exposición temporal "Invitadas. Fragmentos sobre mujeres, ideología y artes plásticas en España (1833-1931)", Museo Nacional del Prado, Madrid. Del 6 de octubre de 2020 al 14 de marzo de 2021

Una esclava en venta (h. 1897)
José Jiménez Aranda
Museo de Málaga

2. UBICACIÓN ACTUAL. EXPOSICIÓN TEMPORAL "INVITADAS. FRAGMENTOS SOBRE MUJERES, IDEOLOGÍA Y ARTES PLÁSTICAS EN ESPAÑA (1833-1931)". MUSEO DEL PRADO

Como conmemoración del 8 de marzo, Día de la Mujer, queremos resaltar esta obra del Museo de Málaga que se encuentra temporalmente en Madrid, concretamente en la exposición "Invitadas. Fragmentos sobre mujeres, ideología y artes plásticas en España (1833-1931)", una muestra "que tiene como objetivo ofrecer una reflexión sobre el modo en el que los poderes establecidos defendieron y propagaron el papel de la mujer en la sociedad a través de las artes visuales, desde el reinado de Isabel II hasta el de Alfonso XIII", en palabras de la presentación de la misma. La exposición está comisariada por Carlos G. Navarro, conservador del Área de Pintura del Siglo XIX del Museo del Prado.

La esclava en venta es obra de José Jiménez Aranda y está fechada hacia 1897. Se considera uno de los más bellos desnudos femeninos de la pintura española del siglo XIX. Es una obra singular en la producción de este artista sevillano, que no frecuentó el desnudo ni los temas orientales, tan de moda éstos últimos en la pintura decimonónica.

3. LA TEMÁTICA

Representa una joven esclava, completamente desnuda, sentada pudorosamente sobre una alfombra en el suelo, en plena calle, en lo que parece un mercado oriental, con un cartel en griego sobre el pecho, colgado del cuello, que reza: *"Rosa de 18*

años. Se vende por 800 minas". A su alrededor asoman los pies de los curiosos y posibles interesados en adquirir la "mercancía", que contemplan su desnudez; y en ese cerco que la rodea se encuentra también el propio espectador del cuadro, efecto que consigue el pintor con ese encuadre en picado, que subraya la indefensión y humillación de la muchacha, que avengonzada, mira hacia abajo, intentando ocultar su rostro.

4. EL ARTÍSTA

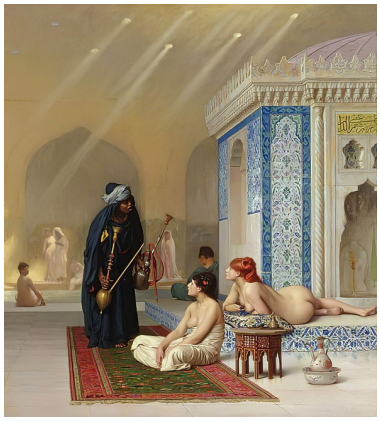
Pintor e ilustrador, José Jiménez Aranda (1837-1903) nace en Sevilla y se forma en su Escuela de Bellas Artes. Su habilidad para el dibujo y la facilidad para captar los ambientes y personajes le llevó a cultivar en mayor medida la pintura de género, especializándose en la llamada "pintura de casacón", ambientada en escenas dieciochescas, con la que consiguió gran éxito, primero en Roma, donde conoció a Mariano Fortuny, que ejercería una gran influencia sobre él, y luego en París. En 1890 regresa a España, instalándose en Madrid, y después, de manera definitiva, en su ciudad natal. Por entonces se observa un cambio en su producción, virando hacia una pintura realista y de cierto corte social, como se observa en su obra *Una desgracia* (1890), en la que plasma el accidente de un obrero. A este mismo período pertenece *La esclava en venta*, realizado a partir de 1892 en Sevilla, ciudad en la que está firmado el cuadro, con un tratamiento plenamente naturalista del cuerpo femenino, en el que Jiménez Aranda hace gala de su dominio del dibujo y su riqueza cromática, destacando la tersura y blancura de la piel de la joven frente al colorido vivo y de mayor espesor de materia de la alfombra.

Baño turco (1862)
Jean-Auguste-Dominique Ingres
Museo del Louvre

5. LA MUJER ESCLAVA EN LA PINTURA DEL SIGLO XIX Y EL DEBATE DE LA ESCLAVITUD

El tema de la mujer esclava en ambientes orientales había sido ya tratado con gran éxito por pintores como Ingres (1780-1867) o Jean-Léon Gérôme (1824-1904), en escenas de esclavas y odaliscas, desde una perspectiva exótica y sensual, ambientados en los harenes del mundo islámico, principalmente de corte otomano. Esta sensualidad que no está ausente en esta obra de Jiménez Aranda, se percibe en la morbidez del cuerpo de la joven. Sin embargo su pudorosa postura, la actitud tímida de la muchacha y el recurso del punto de vista en el que sitúa al espectador se aleja de los ambientes idealizados de los pintores franceses citados, donde lo principal era

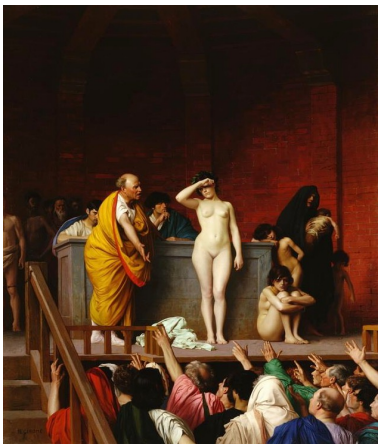
la evocación del lujo y lo sensual, como escenario del placer erótico de los dirigentes y potentados masculinos de Oriente, sin entrar en consideraciones de tipo ético. Hay en las obras de estos artistas franceses una cierta exaltación de una falsa libertad sexual que se creía existía fuera de Europa, en aquellos momentos inmersa en la rígida moralidad burguesa del siglo XIX, que encuentra su versión literaria más detallada en la novela victoriana. Sin embargo, Jiménez Aranda se aleja de este planteamiento deformado y adopta un cierta actitud critica con una situación que rebaja al ser humano a la categoría de mercancía. Con esa idea, contrasta a la asustada muchacha con la aparente indiferencia e incluso actitud soberbia de los posibles compradores, que se arremolinan en torno a ella. No hay que olvidar que el debate sobre la esclavitud había sido un tema importante en la actualidad española de aquellos momentos. Recordemos que la abolición legal de la esclavitud en la Península y Canarias se produjo en 1837, pero excluyendo a los territorios de ultramar, donde se mantendría hasta 1873 en Puerto Rico y hasta 1880 en Cuba, en función de los intereses azucareros.



Piscina en el harén (1878)
Jean-Léon Gérôme
Museo del Ermitage

6. LA FIDELIDAD "ARQUEOLÓGICA" DE JIMÉNEZ ARANDA ¿ERRORES O INTENCIÓN CRÍTICA?

Jiménez Aranda refleja también una actitud "arqueológica", como estaba muy en boga en la Europa del momento, debido al auge que habían alcanzado las grandes misiones de excavación en el Mediterráneo y Próximo Oriente, que pusieron de manifiesto los aspectos materiales de las grandes civilizaciones antiguas. Aquí el pintor intenta reflejar lo que podría ser, en una típica visión decimonónica, un mercado de esclavos. Hay que decir que los mercados de esclavos en la antigüedad griega y romana estaban estrictamente regulados y que solo se celebraban en determinadas fechas. Los esclavos (y esclavas) eran mostrados sobre tarimas, por encima de los compradores, nunca en el suelo como se muestra en el cuadro. En este sentido artistas como Jean-Léon Gérôme realizan representaciones mucho más fieles a la realidad histórica, aunque no exenta de teatralidad (*Mercado de esclavos en Roma*, 1884) o incluso de cierta visión de crítica en obras como *El mercader de esclavos* (1871), ambientada en este caso en un ambiente de bazar en medio de arquitecturas mamelucas o selyuquíes, que puede corresponder a El Cairo, Damasco o Alepo.

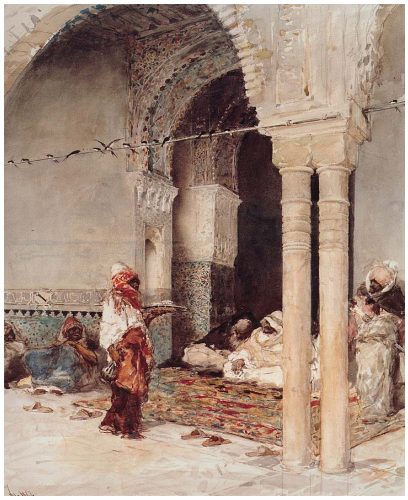


Mercado de esclavos en Roma (1884)
Jean-Léon Gérôme
Walters Art Gallery, Baltimore

El mercader de esclavos (1871)
Jean-Léon Gérôme
Museum of Art. Cincinnati

En *La esclava en venta* Jiménez Aranda se muestra más vinculado a la tradición orientalística, pese a la ubicación del tema en el mundo clásico. Esta corriente era mucho más conocida en España por el ambiente

intelectual de aquellos momentos de la segunda mitad del siglo XIX, con el auge del arabismo español y una cierta maurofilia entre las clases cultas, por supuesto conectada con los objetivos políticos de expansión por el norte de África (victorias militares de Tetuán y Wad-Ras). Esta tradición orientalistica española parte del romanticismo y fue impulsada por los viajeros europeos de la primera mitad del siglo XIX, que buscaban en nuestro país un "Oriente" recreado y estereotipado, sencillamente por ser España mucho más accesible en aquellos momentos que el Magreb, el Próximo Oriente o incluso los Balcanes bajo soberanía otomana. En el orientalismo artistas como el catalán Mariano Fortuny (1838-1874) y el valenciano José Benlliure (1855-1937) son los más conocidos de nuestro país. La presencia de coloridos tapices directamente sobre el suelo, con los personajes sentados sobre ellos, es ajena al mundo clásico y en esos ambientes musulmanes un tanto intemporales se desarrollan obras como *El Café de las golondrinas* (1868) de Fortuny y *Café moro en Túnez* (1895) de Benlliure, muchas veces inspirados por estampas.



El Café de las golondrinas (1868)
Mariano Fortuny
Colección particular

Café moro en Túnez (1895)
José Benlluire
Colección particular

Jimenez Aranda utiliza un recurso muy sencillo para ubicar su obra en el mundo clásico. Sencillamente ha colocado una tablilla pintada con el precio de esta esclava colgado de su cuello escrito en griego, como era habitual en la exposición de los esclavos. La precisión arqueológica del texto es absoluta en el trazo de las letras y su correcta gramática y ortografía:

"Rosa de 18 años. Se vende por 800 minas"

El texto nos ubica la acción representada en la obra en el mundo griego o bien en época romana en la parte oriental del Imperio, donde el griego era la lengua vehicular. Posiblemente, Jiménez Aranda ha querido ubicar esta venta en el famoso mercado de esclavos de la isla de Delos, en el mar Egeo, cuyas excavaciones en las dos últimas décadas del siglo XIX eran llevadas a cabo por la Escuela Francesa de Arqueología en Grecia, con una gran repercusión en Europa, debido a la publicación de sus monografías con bellas reconstrucciones de los edificios, que inspiraron parte de la pintura clasicista del momento. Sin embargo, el texto que nos presenta Jiménez Aranda es una absoluta fantasía que busca, ante todo, conmover al espectador por la situación de esta hermosa joven e impulsar la causa de la abolición de la esclavitud, que en los momentos de ejecución de la obra era todavía una realidad jurídica en buena parte del mundo.

Ruinas de la isla de Delos

El precio que se paga por esta joven (800 minas) sería en cantidad de plata unos 344 kg. que equivaldrían a 80.000 dracmas áticas o 13 talentos, lo

cual es una cantidad absolutamente desorbitada. Por algunas listas de precios que se han conservado en la Atenas del siglo V a.C. los mayores precios los alcanzaban los esclavos especialistas, cuyo valor se estimaba en unas 200 dracmas (2 minas), ya una cantidad considerable. El coste de una trirreme con su dotación completa ascendía en aquellos momentos a 2 talentos (120 minas o 12.000 dracmas). Con el precio que supuestamente se paga por esta esclava se podría comprar una flotilla de guerra formada por seis naves de combate, una cosa al alcance de pocos estados griegos de la época. Puede que Jiménez Aranda se documentase mal sobre el precio o puede que introdujese dicho error con toda intención, en conexión con el debate de la esclavitud. Si aceptamos la segunda hipótesis, el pintor quiso resaltar el "precio" tan elevadísimo que tiene una vida humana.

A este respecto, la tablilla que hace alusión al carácter de "rosa" de la joven nos mueve a pensar que Jimenez Aranda va por ese camino. En este sentido, un pintor brasileño coetáneo Oscar Pereira da Silva pintó otra *Esclava en venta* (1894) con una tablilla donde hacia constar su condición de "virgen de 21 años" ahora en latín, pero con una carga sexual mucho mayor que la obra del Museo de Málaga. No sabemos si Jiménez Aranda pudo ver esta obra reproducida en alguna fotografía, pero las relación entre ambas es evidente, aunque sea como antitesis: Grecia/Roma, esclava de pie/esclava sentada, desafío/recato.

La tablilla con inscripción que porta *La esclava en venta* de José Jiménez Aranda

Esclava en venta (1894)
Oscar Pereira da Silva
Pinacoteca del Estado de Sao Paulo

7. LA ESCLAVITUD EN EL MUNDO MEDITERRÁNEO ANTIGUO Y MEDIEVAL. CONTEXTO HISTÓRICO Y DEFORMACIONES CONTEMPORÁNEAS

En la Antigüedad la venta de esclavos se refería a ellos siempre por su lugar de origen y por el trabajo que eran capaces de llevar a cabo: "sirio", "tracia", "germano", "pastor", "alfarero", "preceptor", "cocinera", etc. Un esclavo (o esclava) podía realizar cualquier tarea para la que estuviese capacitado (faenas agrícolas, combate, policía urbana, servicios urbanos, talleres, minería, marinería, servicio doméstico, espectáculos, producción textil, administración privada y pública, enseñanza, comercio, etc.). Solo la política y el mando militar les estaban vedados. En el mundo antiguo los esclavos (y esclavas) eran normalmente prisioneros de guerra, personas vendidas por sus familias, gente raptada en acciones de saqueo o piráticas fuera del territorio de un estado, recién nacidos o niños abandonados. Pueblos enteros fueron esclavizados una vez que habían sufrido una completa derrota militar. También existió la esclavitud por deudas, que en Atenas fue abolida por Solón en el

Una esclava en venta (h. 1897)
José Jiménez Aranda
Museo de Málaga

siglo VI a.C. Sin embargo, la mayoría de los esclavos en la Antigüedad eran los hijos de esclavas. En Grecia se consideraba que pertenecían al *oikos* (la casa) y era muy raro que fuesen vendidos.

La condición de esclavo en la Antigüedad y en la Edad Media era un estatus jurídico. Además, una situación que podía cambiar con cualquier golpe de fortuna. Hoy un príncipe podía ser esclavo de sus enemigos tras una derrota militar. No tenía nada que ver ni con el color de la piel ni con connotaciones racistas. En Grecia y Roma la mayoría de los esclavos eran de procedencia euro-mediterránea. En el mundo islámico había una mayor cantidad de esclavos de origen subsahariano, por la vinculación de los diversos estados musulmanes con el Sahel y el Sudán y el mundo de la costa africana del Índico. Sin embargo, no faltaban los esclavos de origen europeo, especialmente de la Europa del Este. Precisamente el origen de la palabra esclavo (slave, esclave) ha generado una gran debate por su homofonía con "eslavo". Muchas personas de esta procedencia (*saqaliba*, en árabe) fueron traídas como esclavos a al-Andalus.

Hay que señalar que la esclavitud era, ante todo, una actividad económica y los esclavos eran considerados "bienes". Lo que se buscaba con ella eran recursos humanos, basicamente fuerza de trabajo, en un momento en que la energía disponible per capita era muy limitada. A este respecto algunos historiadores han planteado que la esclavitud no desapareció por causas humanitarias, por mucho influjo que éstas tuvieran en determinados círculos, especialmente a partir del siglo XVIII, sino por el desarrollo industrial, que permitió un aumento exponencial de la energía aprovechable gracias a la máquina de vapor, con un rendimiento muy superior que hacia obsoleto el uso masivo de fuerza humana. A este respecto, nadie en la Antigüedad, ni en la Edad Media ni en gran parte de la Edad Moderna se planteó seriamente la abolición de la esclavitud en ninguna civilización, aunque sí hubo cierta teorización sobre la misma, por ejemplo en Aristóteles. Aunque el gran filósofo griego no la cuestionó nunca, sí que dejó establecido en su testamento la liberación de todos sus esclavos y el reparto de parte de su herencia a los mismos. Sencillamente, con el tiempo se fue afianzando la idea de que el trabajador libre era mucho más rentable.

Por ello, el mercado de esclavas (y esclavos) con finalidades sexuales era un porcentaje relativamente pequeño del total, destinado en parte a la prostitución –que se abastecía por diversas vías– en la Antigüedad clásica y a los harenes en el mundo islámico. No obstante, algún pasaje de Hesiodo (siglo VIII-VII a.C.) recomienda al labrador que si no

encuentra una buena esposa "que viva cerca de él", compre alguna. Precisamente esa es la finalidad de Jiménez Aranda, ya que *La esclava en venta* y otras similares de su género, conllevan una carga erótica muy evidente, idealizando esa idea de libertad sexual del mundo antiguo o de la cultura islámica, la cual, evidentemente, solo era accesible a los varones de considerable posición económica y liderazgo político.

En este sentido la literatura y el cine han creado una visión deformada de esta cuestión de la esclavitud sexual en la Antigüedad y el mundo medieval, que en buena parte se nutre de conceptos que arrancan del romanticismo decimonónico, de la reacción con la moralidad victoriana y de la "revolución" sexual del siglo XX. La supuesta libertad sexual masculina estaba bastante regulada y se basaba en basaba en posiciones de rango o dependencia. Una cierta libertad sexual femenina solo se daba en círculos muy restringidos y reservados, que hemos conocido por la literatura, caso de la escuela de Safo de Lesbos (siglos VII-VI a.C.), la vida de algunas *hetairas* griegas ("compañeras", no prostitutas) o algunos escritos del mundo islámico como la poetisa cordobesa Wallada bint al-Mustakfi (siglo XI). La práctica sexual de los varones con esclavas y esclavos (jurídicamente "cosas") podría ser frecuente en determinados círculos sociales en el mundo griego y romano, pero no dejaban de considerarse perversiones y no tenían una aceptación social. En ello la literatura antigua nos da buena cuenta con tintes muy críticos, pese a que la moral imperante en ese tema era muy diferente de la nuestra.

En el Próximo Oriente antiguo y en el mundo islámico conocemos la existencia de grandes harenes en posesión de reyes, califas y emires, pero, ante todo era una cuestión de prestigio. Los reyes asirios y persas poseían muchas mujeres esclavas en sus palacios. El propio Salomón, según el Antiguo Testamento, tuvo 700 esposas y 300 concubinas (1Re, 11, 3). Los textos andalusíes hablan de incluso 6000 mujeres en Medinat al-Zahra (siglo X) o en el alcázar sevillano bajo al-Mutamid (siglo XI), por no irnos a Oriente. Más allá de lo cuestionables que puedan resultar estas cifras por una cuestión meramente logística, enclaustrar a mujeres de predecesores, rivales derrocados o enemigos vencidos era una cuestión más política que sexual. Los varones eran directamente pasados a cuchillo si eran considerados un peligro o esclavizados con una esperanza de vida muy corta. La mayoría de las mujeres que vivían en esos serrallos no tenían nunca relaciones sexuales con su señor. Una sexualidad descontrolada podía generar graves problemas dinásticos por los hijos de estas concubinas, que si eran capaces o hábiles podían ocupar posiciones de

poder en las cortes y ser candidatos al trono muy serios, por lo que el asesinato político era un hecho frecuente. Para ello, ya estaban las esposas legítimas, muchas veces no reguladas por la ley en el Oriente antiguo. Sabemos por los textos griegos que el rey persa Dario III tenía seis. El Islam estableció el número de cuatro, con las relaciones entre ellas y el esposo estritamente reglamentadas por la ley. Igualmente, el potentado musulmán podría tener cuantas concubinas pudiera mantener. Ya de por sí, los hijos nacidos de las esposas legales solían plantear muchas veces problemas en la sucesión al trono, lo que explica en buena parte la inestabilidad de las casas reinantes en el Próximo Oriente antiguo o en el mundo islámico. Igualmente, en los sectores aristocráticos, el reparto de la herencia solía generar graves problemas por el rango de las madres, aunque la ley islámica intentó regular ese tema.